

## Natascha

Los dedos hundidos en el bollo. La harina desparramada por la mesada. El local está repleto de clientes. Una sonrisa en su boca deliciosa. Dos delantales blanco manchados de tomate. Mi gorro de cocinero tumbado hacia un costado. La levadura esperando su trabajo para la próxima jornada y yo mirando la escena, como un espectador en su butaca, disfrutándola, sintiendo que había marcado un camino, un camino por delante que ahora podíamos transitar juntos.

A los diecinueve, yo no quería estudiar, apenas pude llegar a quinto año con muchas materias para marzo. Mi padre, nunca confió en mi, decía que no me daba la cabeza, pero yo sabía que podía hacerle frente a este mundo y que de alguna manera honesta me iba a ganar la vida. Por esos tiempos, me hice un bolsito y emigré de Paso de los Libres, un pueblito minúsculo de Corrientes.

Cualquiera hubiera pensado que vine a Buenos Aires a hacerme la América, yo me defendía refutándoles que había venido a la ciudad para hacerme de abajo. Trabajé duro en mil profesiones, la pase tan mal como pude resistir y ahora estoy tranquilo con mi horno de barro con el que me defendiendo de las crisis, pero hasta hace un tiempito en soledad.

—¿Cómo estás Negro? —escuché su voz inconfundible en el teléfono.

Era Natascha, mi compañerita del cole, de la que siempre estuve enamorado y con la que nunca me había animado a nada. Para mi era la virgen de Itatí, un ser intocable e inalcanzable, pero ya habían pasado muchos años.

—¡Me tenés que ayudar! ¡Me quiero ir a la capital! ¡Conseguime un laburo! Algo que pueda hacer, esto no da para más —fue lo último que me dijo antes que tomara la iniciativa de llamar a la terminal de los ómnibus y le sacara un pasaje.

Hacía mucho que no tenía noticias de ella, no sabía si se había casado, si tenía hijos o si estaba prófuga por algún delito que hubiese cometido en nuestro pueblo. Pero nada de eso me importó, yo solo quería verla y estaba dispuesta a darle trabajo, casa y comida para tenerla cerca. Le dejé mi cama y yo me fui a dormir al sillón del comedor, nada me importaba.

Desde su arribo, cada noche era una secuencia de imágenes que conservo en mi retina. El bolso agujereado. El abrazo en el andén. El camino hacia casa contándonos todo lo que no nos pudimos contar por años. El pueblo viejo, la escuela, la directora renga, la gorda Estela que nos hacía cagar de risa, la malaria, el exilio obligado, el fracaso de un pueblo olvidado de una Argentina injusta.

Sus dedos largos seguían sucios penetrando el bollo. El pote de mozzarella rallada aguardaba su participación. El frasco de orégano y la sal que siempre debían estar en su medida justa. La pila de papelititos en la comanda y su movimiento ondulante que me hacía olvidar que era esa amiga de la infancia. El ruido del agua chocar contra los platos sucios en la bacha. La leña ardiendo en el horno esperando que la pala lo penetre y que el bollo estirado empiece a convertirse en pizza, como si fuera un milagro divino. Una *vera* pizza napolitana pecosa, como me había enseñado mi abuela, con los bordes inflados y las burbujas de queso oscureciendo, indicándonos que ya estaba lista para ser servida. La pizza tiene un momento justo para ser perfecta y encontrar ese punto

exacto era mi magia. Las hojas de rúcula fresca aguardando para decorarla y terminar de coronar una obra de arte comestible. Los mozos ansiosos esperando que salgan y como una metralleta, una tras otra haciéndonos el día, haciéndonos la vida.

Natascha se había instalado en casa, no era una huésped ocasional, era la ilusión de mi vida hecho realidad. Por su nombre, podía haber sido una princesa rusa, pero era mas tana que Sofía Loren, por eso y por mucho más no tuve duda de darle un lugar en mi negocio y en mi vida. Natascha se había convertido en mi mano derecha en la cocina y yo no imaginaba otra forma de vivir sin ella.

Yo había logrado plantar bandera, me sentía como esos conquistadores que venían en su carabelas a descubrir el nuevo continente, había descubierto que con esfuerzo todo se podía, y ahora le estaba abriendo camino a quien era mi amor secreto.

Ese sábado, mientras cerrábamos el boliche y despedíamos a los mozos me animé. No se como hice para preguntarle sin incomodarla:

—¿Extrañas?

—Algo —me respondió mientras masticaba una porción.

—¿Dejaste algún amor en Corrientes?

—Digamos... —dando otro mordisco y mirándome pícaramente.

—¿Dejaste un novio, un marido, algún asuntito?

—Nada que ver Negro, deje un crío con mamá.

—¿Un crío? ¡no me contaste nada! ¿Y el padre?

—El padre desapareció como la leña de este horno.

Y una luz de esperanza veía que salía de sus ojos.

—Si querés podés traerlo, podemos hacerle lugar en el fondo, dejo de alquilar el departamento y nos venimos a vivir acá.

Natascha, términos su bocado, con un hilo de mozzarella colgando. Se me acercó, apretó su pecho contra el mío y me besó con sus labios sabor a tuco. Me quedé perdido en otra galaxia en ese instante.

—¡Mañana me vuelvo! ¡Hiciste mucho por mi! Mamá me llamó esta mañana, ya no puede cuidar a Fabrizio, está enferma.

Sonreí por no llorar. Acomodé las bolsas de harina. Puse las frascos de especias en la alacena. Bajé las persianas. Caminamos con Natascha en silencio por la avenida que nos dirigía a casa.

Me lavé los dientes y me fui a dormir al sofá como siempre, pero esta vez mas duro. A medianoche sentí que me despertaban, pensé que era un sueño. Ella se metió entre las sábanas. Hicimos el amor por primera y última vez.

A la mañana siguiente la acompañé a la terminal. Deseaba sacar otro pasaje y volverme al pueblo junto a ella, ponerle mi apellido a Fabrizio y hacerme cargo de su futuro. Estaba dispuesto a arrancar de nuevo, pero la vida... como las pizzas, tienen un momento justo y ese momento ya se me había pasado.